

EL LUJO Y LA MODA

¿A dónde va a parar nuestra sociedad con esa moderna plaga que se ha desarrollado en su seno y que si no se le pone remedio pronto, muy pronto, amenaza nada menos que disolver sus vínculos más sagrados? Tal vez, a primera vista, parecerán exageradas estas palabras. Las observaciones que hemos hecho en estos últimos tiempos, los ejemplos palpitantes que a la vista tenemos, los estudios de costumbres a que nos hemos dedicado con religiosa imparcialidad, nos han dado luz sobre la materia y autorizado para decir a los escritores en general y en particular a aquellos que escriben para el teatro:

Mirad que la sociedad se hunde en un abismo de miserias si no oponéis vuestra inteligencia y todos vuestros esfuerzos para dar a las ideas un giro tal que ataque de frente y destruya en su ya peligrosísi-

mo progreso esa locura de brillar por el lujo, origen necesario (si no se le opone una valla) de incalculables estragos para el hogar y, por consiguiente, para la sociedad.

Nos duele confesarlo, pero la verdad es que las mujeres (salvo honrosas excepciones) son las grandes sacerdotisas del abominable culto tributado al becerro de oro! Ellas son las que por satisfacer su sed de lujo impelen a sus maridos y hacen comprender a sus novios la necesidad de ganar mucho dinero. Si los hombres hacen las leyes, las mujeres hacen las costumbres: sobre ellas cae la mayor responsabilidad de todo lo que tiene de materialista, de interesado y de penoso para toda alma noble las costumbres del siglo.

Ni aún pueden las mujeres elegir la natural inclinación de cautivar a los hombres por medio de personales atavíos, pues ya bien lo saben, a éstos les gusta tanto más cuanto menos lujosamente ataviadas se presenten.

Luego el lujo no es, pues, más que un sentimiento de loca disipación, una vanidad que las arrastra, no a parecer más hermosas, sino a parecer más ricas para los demás. Y esto es muy cierto. ¡Cómo han de creerse más hermosas con un vestido que les cuesta la tela

cien pesos, por ejemplo, la que cubierta de adornos y puesto el traje en la persona con su respectivo sombrero sumará sus doscientos largos! Y esto es un solo vestido, uno, y no muy rico por cierto. Verdad es que hay señoras de alto tono, lo que quiere decir de fortuna, que adoptan un modo de vestir adecuado a sus grandes rentas y a su género de vida; pero, ¿es preciso que las que no tienen aquellos recursos, ni pueden llevar la misma vida, adopten el mismo modo de vestir? Pues, sí, señor; no hay remedio: así lo exige la moda, esa bella tirana, y, por consiguiente, la familia de un empleado que gana a duras penas con qué vivir, ha de ponerse el mismo sombrero y usar la misma bota de taco imperial, cueste lo que cueste, que la opulenta señora o la hija del banquero. Y para probar el imperio de la moda no tenemos más que indicar esa magnífica *redondez* que se dan las mujeres de la espalda para abajo, convirtiendo esa parte del cuerpo en una especie de perilla de campanario o en cualquiera cosa que no sea la graciosa y delicada forma de un cuerpo de mujer.

Algunos inclinados a pensar mal, suponen que las poco favorecidas por la Naturaleza y las contrahechas, son las autoras de todas esas extravagancias, incluso la de arrastrar una vara de cola por el suelo.

Esto no podemos creerlo, porque vemos a las jóvenes y a las hermosas usar con el mismo entusiasmo el postizo y encopetado moño, y el mismo tontillo que usan sus mamás y sus abuelas; vemos a la alta lo mismo que a la baja llevar el taco de una cuarta; vemos a la de lindos y diminutos pies usar el traje tan arrastrón como a la que tiene feos y mal formados cimientos. Esto nos induce a creer que lo que las impulsa a todas es el imperio de la moda y el amor al lujo.

Más, hasta aquí sólo hemos hablado a la ligera del lujo y de la moda; la cosa no pasa de ser meramente ridícula: lo grave, lo penoso está en sus consecuencias inmediata. En primer lugar, como todo en este mundo se liga y cada antecedente trae su consecuente, cada gasto supérfluo y fuera de los alcances del bolsillo trae enlazados otros cien gastos. La suma de estos gastos representa al fin del año o de unos años, la ruina o el deshonor de las familias; poco a poco se va contrayendo el hábito de gastar más de lo que se tiene.

Empeñado ya el amor propio en sostener una posición superior a los recursos con que lícitamente cuenta, hay que echar mano de medios forzosos: de aquí en unos esa fiebre de lucro a toda costa que aho-

ga todos los buenos sentimientos y todas las nobles inspiraciones; de aquí en otros esas quiebras fraudulentas, expatriaciones forzosas, incendios misteriosos, etc.; etc. En todas estas maldades bien puede asegurarse que la pasión del lujo entra como el móvil y origen principal de cada diecinueve en los veinte casos.

Pero si la mujer es la reina de la moda y tiene la pasión del lujo, también es ella la que principalmente la paga. El resultado necesario es retraer a los hombres de casarse: el número de las jóvenes que se quedan solteras es excesivo y no tiene otra explicación que el lujo; no hay remedio: es de todo punto imposible; o el hombre es muy rico, o está ciego de amor, cosas algo escasas en los tiempos que atravesamos. Y no hay remedio; ¿cómo puede decidirse un hombre a cargar con las obligaciones del matrimonio tales cuales las ha entablado la moda: el lujo y las costumbres del día?

Dicen las mujeres que los hombres del día pretenden hacer un negocio del matrimonio, y que al informarse de una señorita no preguntan si es virtuosa, si es bien educada, sino si es rica. ... Mas, hablando entre nos, ¿pueden hacer otra cosa? ¿Cómo, dirán ellos, acertar con aquella mujer que se contente con

lo que Dios y mi trabajo me den, sin pedirme otra cosa que mi cariño?

Si esto no es cierto, tengan las señoras la bondad de perdonarnos, que sólo el más sincero interés por su bien ha guiado nuestra pluma.

Valparaíso, 1873.